

## SIGNIFICACION DE LAUSANNE

Antes de que nos encontremos los días 3, 4 y 5 de abril próximo no estará de más que volvamos a hablar del Congreso.

Cuanto más se incrementa el número de sus participantes, tanto más importante es que insistamos en recordar lo que es. Ello tiene el objeto de ilustrar a los recién venidos, pues la extensión de su desarrollo comporta el peligro efectivo de hacerles más difícil su comprensión.

El pasado año, por semejante época, en un editorial —demasiado incisivo, sin duda, y mal interpretado por algunos— no vacilamos en expresar que preferiríamos suprimir este congreso antes de verlo convertido en una reunión de masa.

Hubiese sido mejor decir que, a nuestros ojos, el interés mayor de estos tres días radica en mostrar de un modo directo la evidencia de los resultados obtenidos por cierto tipo de trabajo, la eficacia de determinado método. Evidencia que presupone que este congreso es una imagen de nuestra acción y que tiene como estructuras las mismas estructuras que esta última.

A lo largo del año, en exposiciones más o menos convincentes, intentamos explicar nuestro trabajo, nuestros métodos. Nuestro deseo es que en Lausanne baste abrir los ojos y sacar las conclusiones de lo que se vea para comprender, sin largos debates, lo que somos, lo que queremos y cómo lo queremos.

Muy pocos, ¡ay!, alcanzan tan clara visión de la realidad de Lausanne. La misma diversidad de las actividades representadas, el número sin cesar creciente de los participantes, ciega más que ilumina a algunos. Algunos difunden, muy contentos, ciertamente, lo que han visto, pero lo hacen más impresionados por un efecto de masa que por la variedad y la complementariedad de las tareas, de las redes y de los organismos, sin haber comprendido lo que a nuestros ojos es importante.

\* \* \*

Es, pues, más necesario que nunca que invitemos a nuestros animadores a que vengan a Lausanne para asegurar el encuadramiento del Congreso.

Encuadramiento flexible, juicioso, explicativo.

Lejos de facilitar la desmovilización de los "viejos", el desarrollo del Congreso les impone el deber de estar presentes con mayor atención. Sin lo cual Lausanne se convertiría inevitablemente en esa manifestación gregaria a la que no queremos llegar a ningún precio.

Y no solamente necesitamos en Lausanne animadores que hayan comprendido bien las reglas generales de nuestra acción, sino que necesitamos además animadores cualificados en determinadas disciplinas para cuidar de los *stands* correspondientes.

El año pasado, reconozcámoslo, varios *stands* decepcionaron. No por errores fundamentales sobre la acción de la que debían rendir testimonio, sino porque los animadores cualificados que deberían haber cuidado de estos *stands* no pudieron asistir al congreso.

Por lo tanto, que nuestros amigos lo comprendan. Cuanto más se desarrolla y diversifica nuestra acción, tanto mayor necesidad tenemos de animadores celosos y competentes. Sin los cuales ya no seremos dueños del dispositivo convertido en excesivamente pesado.

Un congresista entusiasta nos decía el año pasado antes de regresar: "¡Hasta el año próximo! Con mil congresistas más." Le respondimos: "Este deseo es dañinamente insuficiente. Para ser mil más el próximo año, sin decepciones dolorosas, nos harían falta por lo menos de cien a ciento cincuenta animadores. Y, sin embargo, hasta ahora no hemos obtenido nunca ese ritmo de incremento."

Por esa razón, pese a nuestra alegría por el creciente número de amigos en Lausanne, rechazamos un incremento que únicamente sería cuantitativo.

Los hombres, por otra parte, no son convenientemente eficaces si no actúan según su cualidad, conforme a lo que concreta-

mente son, según su competencia. Donde "Dios los ha colocado", como diría Santa Teresita del Niño Jesús.

De ahí nuestra negativa a proponer aquellas formas de acción, aquellos temas de combate que, por legítimos que sean con respecto a la verdad pura, comportarían el peligro de conducir a nuestros amigos a un terreno en el cual no tendrían competencia, ni autoridad, ni encuadre suficientes.

Porque no basta con tener razón ante el Tribunal de las realidades trascendentes para alistarse a una lucha difícil, es necesario, además, para no hacer más mal que bien en semejante cuestión..., es preciso también reunir ciertas condiciones sin las cuales la acción no es sino un puro activismo.

Está bastante claro que los males de hoy consisten en una espantosa crisis de autoridad, tanto (si no más) en la Iglesia como en la sociedad civil.

Jamás, tal vez, tanto como en nuestra época, ha sido posible contemplar hasta qué punto la desobediencia cínica puede resultar pujante y ser reconocida con fuerza de ley.

Crisis de autoridad, dejación, falta de carácter en los jefes, que constituyen la vergüenza y la desgracia de este fin de siglo.

Es un hecho que, para la defensa y el restablecimiento del orden cristiano, hoy no podemos contar con esa fuerza firme y dulce, tan calurosamente humana, de una autoridad superior, fuente de órdenes sin equívocos, hábil en sincronizar los esfuerzos más diversos, ardiente en sostener la moral de la tropa, capaz de ordenar cada maniobra con sabiduría y prudencia.

La desgracia de esta hora está en que todos nos hallamos más o menos abandonados a nosotros mismos, que debemos tomar solos, o casi solos, nuestras resoluciones, defender solos, o poco menos, lo que se halla amenazado, recordar solos, o casi solos, la verdad desconocida o demasiado parsimoniosamente afirmada.

Queda en pie que, sean cuales fueren los males de una situación tan trágica, sólo hay un modo de frenar, de combatir las desgracias. Y esta manera es la siguiente: ante la nulidad, incluso la deserción de la autoridad, el mejor recurso, si no el único (para evitar lo peor), consiste en llevar a cada uno a que tome

conciencia de su deber por la misma inteligencia de esa porción del orden de las cosas que toca de más cerca, que conoce mejor, que le interesa y le compromete directamente.

Fórmula muy fragmentada, sin duda, capilarizada en exceso..., en un momento en que mayor es nuestro deseo de una restauración rápida, pujantemente conducida, prontamente levantada. Fórmula que, si no reemplaza aquello de que nos privan las debilidades demasiado evidentes de la autoridad, nos ofrece por lo menos la ventaja de mantener a cada uno en su camino, en contacto asimismo con sus deberes más inmediatos. Lo cual, a falta de jefe, es un modo de hallarse dirigido, pero dirigido por el orden de las cosas. Fórmula preferible a los inmensos riesgos de esas reacciones gregarias, desastrosas, que pueden producirse cuando se proponen al pueblo cristiano, globalmente contemplado, unas fórmulas de acción en las que cada uno pierde el sentido de lo que él es (realmente), el sentido de lo que puede (concretamente), sea cual fuere la pureza de sus intenciones.

Situación en la cual la carencia de autoridad se nota más, y mayor es el peligro de que resulte más desastrosa. Mientras que si se consigue "arraigar" a cada cual en su orden, en el ejercicio de sus propios poderes, su misma competencia, sus mismos intereses, podrán, en parte, suplir la falta de autoridad humana.

Reunir al conjunto del pueblo en una coalición general, contra los errores y los escándalos actuales, comporta el riesgo de alzar una masa cuyos impulsos no tardarán en resultar incontrolables y que los más enervados dirigirán a su aire.

Tomemos como ejemplo la situación de las madres de familia. Es sin duda desolador que en la tarea de la educación cristiana de sus hijos ellas no puedan contar como antes (o tanto como antes) con la ayuda y la autoridad combinadas del párroco y de los vicarios de su parroquia. No es menos evidente que la mejor solución a adoptar en las presentes circunstancias no consiste en alistar a las madres de familia en alguna manifestación de gran estilo, sino en ofrecerles los medios de enseñar la religión a sus hijos a pesar de los fallos de la autoridad parroquial. Para esto, ellas no necesitan más que el sentido de su deber, su

fe cristiana, su corazón de madre y de un buen catecismo. Lo cual podrá no remplazar la excelente influencia sacerdotal de un buen párroco. Pero que, no obstante, es muchísimo. Y, sobre todo, es mucho más seguro, mucho más fácil de mantener..., "en el buen camino", que una militarización gregaria de finalidades confusas por ser demasiado generales.

El mismo razonamiento puede hacerse, conservando la fuerza de su argumentación, para casi todas las categorías sociales: en ausencia de una autoridad capaz de tener en la mano la dirección de un combate más general, el método de acción más seguro, más prudente, más inmediatamente fecundo, más inteligentemente preparatorio para las posibilidades de un mañana mejor es el de mantener a cada uno en su camino, en el ejercicio de sus deberes de estado más evidentes. Un simple trabajo de sincronización puede bastar, con los menores gastos, para evitar los riesgos de una dispersión excesiva.

\* \* \*

Aunque las reflexiones que preceden parezcan alejadas de la explicación de lo que es Lausanne, no dejan de ser indispensables para entender cuál es el sentido de estos tres días.

Para quien no quiera admitir lo que acabamos de decir, Lausanne le parecerá, sin duda, una hermosa reunión de masa convenientemente organizada... Nada más. A efectos útiles, a un interlocutor de este género podrá hacersele observar cuán paradójico resulta el logro de esa aparente manifestación de masa con la realidad de un trabajo que por alejado que parezca de tal ambición no por ello dejaría de obtener tal resultado.

Como si dijésemos que ciertos objetivos no se logran en caso de perseguirlos directamente, mientras que se logran persiguiéndolos por otros caminos, aparentemente menos directos.

Misterio y fecundidad de los precisos "mediadores naturales".

\* \* \*

Tal es, tal debe ser, tal deberá seguir siendo siempre, para su más segura y más duradera fecundidad, el significado de Lausanne.

Quien no lo vea no habrá comprendido en qué, durante estos tres días, ponemos el corazón.

Lausanne no tiene sentido sino para esto. De ahí nuestra negativa a aceptar unas iniciativas que pueden ser, sin duda, muy respetables, pero cuyas fórmulas de acción nos parecen excesivamente coagulantes y susceptibles de conducir a nuestros amigos a combates en los que ellos no tendrán ni autoridad, ni competencia, ni aun la mera posibilidad práctica de conducirles armoniosamente a su finalidad.

Lausanne es y quiere ser, pues, esencialmente, la sincronización de una multiplicidad de acciones bien determinadas y arraigadas, estrechamente reguladas por la evidencia misma del orden de las cosas que las dirige.

Sincronización de acciones, no dirigidas de modo arbitrario, no concebidas "ortopédicamente", sino de acciones nacidas de las reacciones más vitales de una sociedad en peligro.

Sincronización según las prescripciones de una doctrina común: la de la Iglesia, según las más claras y más constantes enseñanzas de los Soberanos Pontífices.

Sincronización animada por el impulso de un mismo fervor: piedad debida a Cristo-Rey y Salvador infinitamente misericordioso.

.....  
Sincronización puesta este año bajo el patronato de San Luis, rey de Francia, jefe de cruzada al próximo Oriente y a Africa del norte, amigo de Santo Tomás de Aquino.

J. OUSSET.